

Casarse para poder amar: una teoría sobre el beso.

*“para poder quererse bien, a fondo,
con auténticas perspectivas de éxito,
hay que estar casados”*
(Tomás Melendo)

¿Hay que casarse para amar?

Normalmente, todos tenemos escritores y pensadores preferidos. Y esa preferencia suele tener qué ver con el efecto que los escritos de esas personas provocan en nuestro pensamiento e imaginación: unos despiertan nuestro interés y suscitan nuestra capacidad de razonamiento; otros, no.

La frase que cito arriba, como tantas otras del mismo autor, tuvo ese efecto en mí. Me pareció, primero, una provocación, con la que, sin embargo, me identifiqué espontáneamente; después de leer el razonamiento que la sustentaba, la releí como una evidencia; por último, me incitó a buscar otros despliegues y otras explicaciones que me permitieran hacerla definitivamente mía, con el permiso de su autor, claro.

La explicación que leí en el escrito que la contenía fue algo así: *para poder quererse bien, a fondo, con auténticas perspectivas de éxito, hay que estar casados*, pues ese acto impresionante por el que alguien se entrega a otro plenamente y se compromete a amarle de por vida es el único que nos puede poner en condiciones de querer bien: *si no me caso, si excluyo ese acto de donación total, estaré imposibilitado para querer de veras a mi cónyuge*.

Un sujeto cualificado para amar.

Lo primero que me vino a la cabeza fue un concepto muy interesante que explica y desarrolla José Noriega en *El Destino de Eros*. Dice este autor que lo primero que hace falta para amar es lo que él llama un sujeto *cualificado*, cualificado como sinónimo de capacitado, entrenado, preparado en las virtudes, competencias y aptitudes que el amor exige. Y pone un ejemplo muy gráfico: para torear no basta la generosidad de lanzarse al ruedo y exponerse al toro; uno ha de estar *cualificado*, y ha de haber adquirido las destrezas suficientes para enfrentarse a esa situación concreta, destrezas que, naturalmente, irá desarrollando a lo largo de su carrera taurina, pero que precisa *ya* en un grado mínimo cuya ausencia le hace inepto para practicar ese deporte con éxito.

Algo parecido sucede con el amor, advierte Noriega, no basta la generosidad, sino que hace falta haber desarrollado muchas otras virtudes y competencias, porque amar es algo más que ser generoso, y se equivocaría quien pensara que la entrega generosa, unidireccional y desinteresada es suficiente para mantenerse en el amor *en pie de igualdad* que la relación matrimonial demanda. Cuántos fracasos matrimoniales obedecen a un amor *compasivo*, que se ha quedado a un nivel de sentimiento (*¡pobrecito/a, mi amor le cambiará!*) y no ha sabido integrar todas las facultades humanas en el amor (inteligencia, afecto, voluntad...). Y en el terreno del amor la pérdida es irreparable, porque hacerse inepto para el amor es tanto como inutilizarse como persona, dado que lo esencial y conclusivo de la persona humana es la capacidad de amar.

Lanzarse al agua.

Es cierto que para amar hace falta un *sujeto cualificado*, entrenado en los actos propios del amor; pero esta cualificación, siendo premisa necesaria, no es suficiente para la entrega total y definitiva que el amor matrimonial exige porque, sigue explicando Melendo, hay niveles de virtud que se adquieren como resultado de una sola acción, por ejemplo, el valor para nadar o para lanzarse en paracaídas requiere saltar por vez primera, el valor para torear exige lanzarse al ruedo... y experimentar la emoción para volver a hacerlo. Y algo parecido sucede con el acto de entrega matrimonial consciente y decidida: que confiere el vigor y la capacidad para poder *comenzar a amarse de por vida a una altura y con una calidad imposibles sin esa donación absoluta*.

“*Ya, ya, pero ¿has bajado al ruedo o no?*”, objetaríamos a quien afirme ser torero porque ha probado una y mil veces todos los pases en el salón de su casa. “*Sí, sí, pero ¿te has tirado al agua o no?*”, responderíamos a quien declare ser nadador porque ha hecho un curso de natación por internet. Porque esos actos de entrenamiento no bastan: exigen una decisión, un acto de voluntad que los proyecte verdadera y definitivamente a la verdad, a la realidad que se encontrará el que quiere *vivir* y no sólo *jugar con ella*.

Y a quien diga que ama a su amada con locura, que no puede vivir sin ella, que es el amor de su vida, habrá que interrogarle de igual modo: “*bueno, pero ¿le has amado para siempre?*”, que es lo mismo que decir: *¿te has comprometido para siempre y sin condiciones?*, o, simplemente: *¿te has casado?* Porque si no lo has hecho, no le amas como dices, y, aún más, te has hecho incapaz de amar en forma cabal.

No se puede correr una maratón de cien metros en cien metros.

En efecto, sin casarse para siempre (¡qué redundancia!) no se está capacitado para amar cabalmente.

Esta afirmación es muy fuerte, y creo que admite, y hasta requiere, para comprenderla mejor, una aproximación por la vía del ejemplo, de la imagen, aunque siempre sea reductora del concepto: la imagen de la maratón.

¿Cómo va correr la maratón quien no está pensando ni entrenándose en esa distancia sino en los cien metros? Los actos de entrenamiento irán condicionando su cuerpo para correr esa breve distancia, y nunca será capaz de correr la maratón, a no ser que se capacite para hacerlo mediante un acto expreso de voluntad de encarar esa distancia y prepararse a fondo para ello.

Dicho de otra manera, he de correr, y prepararme, teniendo en la mente esa meta. No puedo correr la maratón de cien metros en cien metros, por más que me entrene una y otra vez para esa pequeña distancia; me estaré engañando a mí mismo, porque esa breve carrera no sirve para la maratón, y los músculos que prepara y en la forma en que los trabaja se convertirán, a la larga, en un impedimento, por más veces que sea capaz de correr esos cien metros cada día. Mi musculatura se volverá abultada, maciza y corpulenta, cuando lo que necesito es un músculo fibroso, elástico y resistente.

No se puede amar de cien besos en cien besos.

Algo parecido sucede con los actos de virtud propios del amor. Tomemos, por ejemplo, un acto virtuoso típico de la lealtad matrimonial (que muy en síntesis consiste en fomentar con mi mujer lo que he de evitar con otras): el beso.

Puedo besar a una mujer:

- (i) porque la quiero y la deseo ahora;
- (ii) porque la quiero y la deseo ahora y me gustaría quererla y desearla el máximo tiempo posible; y
- (iii) porque la quiero y la deseo ahora y sé, porque así lo he decidido, que siempre la querré y querré desearla.

Probablemente, muchos hemos experimentado estas distintas clases de besos, por lo menos las dos segundas, que suelen coincidir con los niveles del amor: atracción física, enamoramiento y amor.

He escogido el ejemplo del beso porque se trata de un acto característico y universal entre quienes se aman, en cualquier estadio en que se encuentre su amor. Hay otras manifestaciones del amor entre un hombre y una mujer que, por su propia esencia, reclaman sin más un entorno de compromiso total y pleno, como es el caso de la relación sexual completa, en la que se entrega lo más íntimo en lo corporal (que es lo mismo que decir en la persona, porque el cuerpo del hombre es un cuerpo personal). El beso no, el beso puede darse con o sin compromiso pleno sin lesión grave para la dignidad de la persona..., pero los efectos son muy diferentes, que es lo que intento demostrar.

Un beso para amar los primeros cien metros.

En el primer caso (la beso porque la quiero y la deseo ahora), el beso se agota en sí mismo. Es un beso conservativo, que tiende a conservar lo que ya posee en ese momento (su contacto corporal), pero no genera virtud, fuerza, para amar en el futuro, porque en la persona que besa no está contemplada esta posibilidad: sólo le interesa el momento presente, la satisfacción, el goce del beso que está dando... y lo que ese beso pueda generar de inmediato.

Siguiendo con el símil atlético: ese beso fortalece el músculo interior para una distancia corta, cubierta la cual no se ve necesidad de más esfuerzo. Por más besos que dé esa persona, no estará fortaleciendo su voluntad ni uniéndola al sentimiento para que aquélla tire de éste cuando desfallezca, porque son besos ciegos, que no ven más allá del ahora: fomentan una voluntad de corto alcance, que se degrada en mero deseo, capricho e interés propio.

Un beso para las medias distancias.

En el segundo caso (la beso porque la quiero y la deseo ahora y me gustaría quererla y desearla el máximo tiempo posible), el beso se proyecta tímidamente a un futuro indefinible, tiene condición de prueba, de intento (*¡quién sabe si durará nuestro amor!, ¡ojalá dure porque me gusta!..., pero no me atrevo a asegurarlo*).

Es un beso que intenta unir sentimiento y voluntad, pero sin suficiente determinación, sólo en el presente y en un futuro incierto; no va más allá, hay en él un escepticismo vital, una desconfianza innata que le hace incapaz de fortalecer al sujeto para un amor definitivo. Fortalece el músculo para una distancia media... y, lo que es más grave, condicionada (*sólo si aún siento algo, sólo si ella corresponde como hasta ahora, sólo si no aparece otra en mi horizonte sentimental*).

No sirve para el amor verdadero, para siempre, y no entrena al músculo interior para superar los obstáculos, las insinuaciones que asomen en el panorama afectivo, ni para sobreponerse al desfallecimiento que amenazará a los diez, veinte o treinta kilómetros: no sirve para amar de manera cabal y definitiva.

Un beso para la maratón del amor.

En el tercer caso (la beso porque la quiero y la deseo ahora y sé, porque así lo he decidido, que siempre la querré y querré desearla), el beso es un acto de amor comprometido, irrevocable, que se proyecta hacia todo mi futuro. Es un beso que compromete a toda mi persona y para siempre, porque sabe que le seguirán muchos de por vida, les acompañe o no el sentimiento.

No es un beso conservativo, sino fundante: genera amor verdadero. Tiene, además, un efecto unitivo permanente en la persona: une sentimiento y voluntad; dice: *te deseo y te amo, te desearé y te amaré*, y al unir sentimiento y voluntad fortalece el amor duradero, sabiendo que cuando falle el sentimiento acudirán la voluntad, de modo que ésta será el motor del sentimiento; y el sentimiento será a su vez la prolongación de la voluntad, como en un vehículo bastan las ruedas en las bajadas y se requiere la fuerza del motor en las subidas. Genera virtud de amar para siempre y sin condiciones: fortalece el músculo para la máxima distancia.

¿Besador o amador?

No puedo correr la maratón de cien metros en cien metros ni amar para siempre de seis meses en seis meses porque cuando haya corrido 200 veces cien metros o amado veinte veces seis meses sin el objetivo de los cuarenta y dos kilómetros (en el caso de la maratón) o del resto de mis días (en el caso del amor), mi hábito será, en el mejor de los casos, mera repetición, y no habrá alcanzado el nivel de virtud, de fuerza, necesario para esa alta meta; cualquier avatar, cualquier obstáculo o desengaño me persuadirá para abandonar una carrera para la que nunca he estado dispuesto, ni psíquica ni físicamente.

Cuando haya dado infinidad de besos sin la meta del amor para siempre, me habré convertido en un experto besador, pero no en un amante, en el sentido más pleno del término: sabré besar, pero no amar, y la menor insinuación desviará mis besos hacia otra dirección.

Normalmente, se obtiene lo que se pone.

Y esta distinta naturaleza y fuerza de los actos de amor se refleja en toda la conducta: difícilmente hay actos definitivos en los dos primeros niveles comentados: no se queman las naves; se contempla como posibilidad, y hasta se prepara, un eventual

futuro separados; no se pone *todo* en común, sino que siempre se reserva algo para uno mismo, ni se entrega todo, lo material y lo espiritual: en definitiva, no se ama.

El lector sabrá disculpar que lo muestre con un ejemplo banal y personal, pero creo que bastante gráfico. Recuerdo mi experiencia en un gran despacho de abogados. Una gran experiencia, en la que adquirí muchos y muy buenos hábitos de trabajo y mucha ciencia jurídica, además de muy buenos amigos..., pero no entré con mentalidad de quedarme. Por la razón que fuera, percibía que ese no era mi último destino profesional y no me veía siendo socio del despacho: muy legítimo, porque el profesional no es un compromiso íntegro ni omnicomprendivo, sino que afecta sólo una parte de la vida (y, con serlo mucho, no la más importante).

Pero esa mentalidad de “cien metros” (llamémosla así siguiendo el símil atlético) tenía, qué duda cabe, consecuencias prácticas. Diré sólo una: en el despacho había una gran biblioteca y los profesionales podíamos pedir los libros que considerábamos oportunos, que se adquirirían para la biblioteca del despacho. Quizá no era consciente de la razón, pero, además de pedir libros para la biblioteca general, yo iba comprando libros para mí, que colocaba en las estanterías de mi despacho. Un día entró un compañero y se sorprendió de esta práctica. No comprendía por qué, pudiendo adquirir los libros con cargo al despacho, gastaba mi propio dinero para formar una pequeña biblioteca, y me comentó en broma: ¿ya estás pensando en irte? Lo tomé como lo que era, una broma, pero, en el fondo, pienso ahora, estaba asegurándome mis propias fuentes de consulta, porque sabía que mi compromiso con ese despacho era débil, no era para siempre, ni siquiera en la intención.

¿No sucede, acaso, algo similar con el compromiso de amor? ¿No estamos haciéndolo imposible nosotros mismos cuando no prometemos amor para siempre?

Luego, la convivencia de por vida en la intimidad personal sin un compromiso total previo es en la práctica una utopía, porque los actos que genera no se proyectan a “todo” el futuro y no generan virtud de amar para siempre. Si se quiere amar de verdad, de manera cabal, a toda la persona y con toda la persona, sin reservas y al nivel que exige la dignidad humana, se puede, porque el ser humano es capaz de ello, pero hay que casarse; el que no se casa se incapacita para amar.